

PUNTUALIZACIONES PERSONALES SOBRE LAS CONFESIONES RELIGIOSAS

Antonio Garrigues Walker
Presidente de la Fundación Ortega y Gasset

1. Al hablar del tema de las Confesiones religiosas habrá que reconocer, por de pronto, que a lo largo de toda la historia -incluyendo la historia de hoy mismo en el Oriente Medio, en Irlanda del Norte, en los Balcanes, etc.- la gran mayoría de los enfrentamientos violentos de los seres humanos han tenido y siguen teniendo, como factor decisivo, el elemento religioso, ya sea sólo o unido a otras causas políticas o económicas. Es este un tema extremadamente grave en una época especialmente peligrosa. Merece la pena una reflexión seria y profunda sobre el mismo.
- El problema reside fundamentalmente en la pretensión de todas las religiones no sólo de ser verdaderas sino, concretamente, de ser las únicas verdaderas, con lo cual se reduce, a un mínimo, si es que no se anulan, las posibilidades de diálogo y entendimiento. Habrá que corregir este rumbo que no conduce a ninguna parte.



Algunos de los intervinientes en el Seminario sobre “Puntos de Encuentro entre Confesiones religiosas”, celebrado en el Ateneo de Madrid. De izquierda a derecha: Jesús Lizcano, Antonio Garrigues, Isidoro Martín, Rosa M^a Martínez de Codes, Juan Gisbert y Juan Carlos Olea.

Los dramas actuales del mundo y especialmente el drama de la miseria obligan a los líderes religiosos -como a todos los demás líderes- a salir de sus encerramientos dogmáticos. Si la humanidad pudiera contemplar un hermanamiento real que llevara a esos líderes a generar declaraciones y sobre todo acciones conjuntas, el proceso de cambio se pondría pronto en marcha.

- Las religiones cristianas, sin duda las más poderosas e influyentes a nivel global, tienen que reconocer, en concreto, que un 70% de la humanidad profesa o está influida por otras religiones y que ese porcentaje -aunque sea sólo por razones de crecimiento poblacional- irá aumentando, por intensa que sea la actividad misionera que se realice. Como poderosas e influyentes religiones pero fuertemente minoritarias, las religiones cristianas tienen que asumir con grandeza de miras el liderazgo de un movimiento ecuménico, nuevo y

profundo, y en el ejercicio de esa función deben extremar la generosidad con las demás religiones, evitando en lo que se pueda –y se podrá casi siempre- la insistencia en las cuestiones que les separan y profundizando en las enormes posibilidades de coordinación y colaboración en los temas vitales de la humanidad. La violencia genera violencia y los fundamentalismos generan fundamentalismos.



D. Antonio Garrigues Walker

- La Iglesia Católica tiene que reconocer su especial responsabilidad en estas materias y evitar declaraciones como las que se contienen en la Dominus Iesus que presentó el 6 de agosto de 2000 el Cardenal Ratzinger. En ella no sólo se reitera que la Iglesia Católica es *“la única Iglesia verdadera”* sino que se justifica toda la Dominus Iesus en la necesidad de hacer frente a *“una mentalidad relativista que termina por pensar que una religión es tan buena como la otra”* y para explicar que ello no es así se llega a decir –duele leerlo- lo siguiente: *“Si bien es cierto que los no cristianos pueden recibir la gracia divina también es cierto que objetivamente se hallan en una situación gravemente deficitaria si se compara con la de aquellos que en la Iglesia (cristiana) tienen la plenitud de los medios salvíficos”*. O en otras palabras que aunque se reconozca *“la posibilidad real de la salvación en Cristo para todos los hombres”*, los cristianos y los católicos tienen de hecho más y mejores posibilidades de alcanzar el reino de Dios que aquéllos que no lo son.
2. Es necesario cambiar de actitud. Se hace preciso abrir, sin límites, reservas ni miedos, un amplio debate sobre la responsabilidad de las Iglesias y los líderes religiosos en este momento histórico. El relativismo, -se podría decir, gracias a Dios- avanza con gran fuerza. El fracaso del marxismo como método de análisis de la realidad debe interpretarse como el primero de los fracasos de una larga lista de dogmatismos ideológicos (obsérvese lo que está pasando en la vida política), económicos (analícese el debate globalización y mercado) y culturales y sociales (véanse los debates sobre multiculturalismo y sobre protección social).

Se están abriendo las puertas de una nueva era, una era filosófica, en la que nos guste o no vamos a tener que sobrevivir sin asideros dogmáticos y vaciar nuestros cerebros de muchas dialécticas tradicionales. Acabará prevaleciendo la idea –paradójicamente dogmática- de que no se puede partir de planteamientos dogmáticos en ningún caso y se pondrá por ende de manifiesto el protagonismo esencial que debe tener el diálogo en la convivencia humana. Habrá que aprender en definitiva, a convivir con civilidad, con respeto e incluso con gozo en el desacuerdo. Ahí se encuentra la clave del progreso humano.